

CRISIS

Las crisis, tanto en economía como en la vida social, más que cíclicas son constantes, se comportan siempre como las olas del mar, a veces suaves y espaciadas, en otras ocasiones agitadas, violentas, tempestuosas pero siempre unas tras otras, con breves espacios entre ellas. Puede asegurarse pues, con toda certeza, que el hombre ha vivido continuamente en crisis, con periodos desiguales de corta calma, preludio de próximas tormentas...

Hoy nos hallamos, una vez mas, arrastrados por otra, quizá en la cresta de una ola monstruosa de fuerza y dimensiones nunca conocidas. Por un lado, de manera paradójica, ocurre que influye en ella la eficacia tecnológica en la producción de bienes y servicios y éstos exigen, por otro, un consumo creciente (o por lo menos estable) que permita absorber lo producido para que el mecanismo siga funcionando. Mas sucede que el propio éxito tecnológico elimina puestos de trabajo y, por consiguiente, consumidores o acumula bienes sin salida hasta paralizar las actividades. Surge así un círculo infernal difícil de destruir,

En los últimos años hemos visto como el crecimiento desmesurado del sector de la construcción ha provocado un crack en su actividad y en la de otros complementarios, con la ayuda de la supina ignorancia culpable del mundo político y financiero, que propiciaron una expansión especulativa insaciable con las consiguientes secuelas de corrupción contagiosa en todos los estamentos y organismos. Había que enriquecerse con rapidez, cualesquiera que fuesen los medios, ya rompiendo trabas legales, ya utilizando o sobornando los poderes públicos o bien modificando disposiciones, eliminando controles, incumpliendo sentencias, malversando recursos...

Y a este panorama inmoral y sórdido, los españoles le añadimos, con vocación suicida, la conversión del país en nacioncitas con enloquecidos gobernantes convertidos en reyezuelos que derrochan sin tasa, subvencionan con descaro y desvergüenza a sus colaboradores y partidarios, realizan faraónicos proyectos sin estudios de su necesidad y viabilidad (aeropuertos y Aves sin viajeros, embajadas por todo el mundo, viajes de estudios a insólitos países, televisiones regionales para propaganda de sus políticos y un largo etc.) al tiempo que persiguen la lengua española —el mas eficaz medio que nos permite comunicarnos con todo el mundo— y promocionan dialectos que no los conocen ni necesitan los propios naturales de las nacioncitas inventadas.

Hace falta cambiar por completo este paisaje devastado por los políticos incompetentes y por la codicia sin freno; hace falta una reforma territorial que una, no que divida, así como eliminar o neutralizar partidos —en especial los nacionalistas— culpables de un creciente menosprecio y germen de enemistad entre españoles. A nadie sensato se le ocurriría acoger en su casa a alguien que quiere destruirla. Y hace falta, hay que subrayarlo, recuperar una moralidad, honestidad y respeto que nos permita convivir en paz e igualdad. Lo demás se dará por añadidura.

Recuerdo que hace ya unos treinta años escribí sobre el tema (en especial respecto a las personas) y al releer lo entonces publicado compruebo que resulta actual, aplicable a nuestros días. Es válida, pues, la afirmación expresada arriba del continuo vivir humano en crisis, tanto de valores morales como de descalabros o problemas económicos; y, como allí señalaba, lo que importa es salir fortalecidos y vacunados de los virus ideológicos o egoístas que los ocasionaron. Terminaba, con palabras de

Ganivet basadas en la filosofía senequista, que nuestro comportamiento debe ser “de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir de ti que eres un hombre”.

8-10-12

267